

hacia su Criador, pasando sobre la tierra, no parece, antes bien asciende, resuena de edad en edad hasta los oídos de Dios, como el eco de su propia voz, como un reflejo de su magnificencia; es la única cosa completamente divina en el hombre y que este puede ecshalar con júbilo y orgullo, porque este orgullo es un homenaje rendido á aquel que es el único que puede tenerle, al Ser infinito.

Apénas habíamos revuelto en nuestras mentes estos ú otros semejantes pensamientos, cada cual en nuestro silencio, cuando se alzó un grito de Julia en el bordo del buque que miraba á Oriente:—¡Un incendio en el mar! un buque ardiendo! Precipitémonos, para ver aquel fuego lejano sobre las olas y con efecto una ancha ascua flotaba en el Oriente en el confín del horizonte del mar, y luego, alzándose y redondeándose en pocos minutos, reconocimos la luna llena, inflamada por el vapor del viento de Oeste, y saliendo lentamente de las olas como un disco de hierro incandescente que el herrero saca del horno con sus tenazas y suspende sobre el agua donde va á apagarle. Del lado opuesto del cielo, el disco del sol acaba de hundirse, había dejado en el Occidente como un banco de arena de oro, semejante á la playa de alguna tierra desconocida: nuestras miradas pasaban embebecidas de uno á otro bordo entre aquellas dos magnificencias del cielo. Poco á poco las claridades de aquel doble crepúsculo se apagaron; nillares de estrellas

nacieron sobre nuestras cabezas como para trazar el rumbo á nuestros mástiles que pasaron de una á otra. Mandóse la primera guardia de la noche, quitóse del puente todo aquello que pudiese estorbar la maniobra, y los marineros fueron todos, uno despues de otro, á decirle al capitán: ¡Dios guarde á vd.!

Seguí paseándome un rato en silencio por el puente; luego bajé dando gracias á Dios en mi corazón de haberme permitido ver aquel aspecto desconocido de su naturaleza. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ver tu obra bajo todas sus faces, admirar tu magnificencia sobre las montañas ó sobre los mares, adorar y bendecir tu nombre que ninguna letra puede contener! Esto es toda la vida! Multiplica la nuestra para multiplicar el amor y la admiración en nuestros corazones! Luego vuelve la página y haznos leer en otro mundo las maravillas sin fin del libro de tu grandeza y de tu bondad!

16 de Julio, 1832, en alta mar.

Toda la noche y todo el día hemos tenido una mar hermosa, pero picada. Por la tarde, el viento refresca, se forma la marejada y empieza á rodar pesadamente sobre los costados del buque;—luna espléndida que prolonga torrentes de una blanca y

ondeante claridad en los anchos valles líquidos, abiertos entre las grandes olas. Esos flotantes vislumbres de la luna parecen arroyos de agua corriente, cascadas de agua de nieve en el cauce de los verdes valles de Jura ó de la Suiza. El buque baja y sube tardamente cada una de aquellas zanjas: por primera vez, en este viage, oímos las quejas, los gemidos de la madera: las apretadas costillas del bergantín ecshalan, bajo el choque de cada oleada, un rumor al que nada puede compararse con mas propiedad que los últimos mugidos de un toro herido por el hacha y tendido sobre el costado en las convulsiones de la agonía. Aquel rumor mezclado en la noche á los rugidos de cien mil olas, á los gigantescos botes del buque, á los crugidos de los mástiles, al silbo de las ráfagas, al polvo de la espuma que lanzan y que se oye llover silvando sobre el puente, á las pisadas rápidas y recias de los hombres de guardia que corren á la faena, á las palabras raras, firmes y breves del oficial que manda;—todo esto forma un conjunto de sonidos significativos y terribles que conmueven muy mas profundamente el alma humana que el estruendo del cañon en el campo de batalla. ¡Es preciso haber asistido à estas escenas para conocer el lado penoso de la vida de los marinos, y para medir uno su propia sensibilidad moral y física!

Así se pasa la noche entera sin sueño. Al rayar el día, el viento se aplanan un poco, cesa la ma-

rejada, las olas no se coronan de espuma; todo anuncia un día hermoso; al trasluz de la bruma colorada del horizonte vemos las altas y largas cordilleras de los montes de Cerdeña. El capitán nos promete un mar sereno y terso como un lago entre esta isla y la Sicilia. Largamos ocho nudos, á veces nueve (1); á cada cuarto de hora, las relucientes costas hácia las que nos impele el viento, se dibujan con mas limpieza; los golfos se abren, los cabos avanzan, las peñas blancas se alzan sobre las olas; las casas, las tierras labradas empiezan á distinguirse en las vertientes de la isla. A mediodía, tocamos á la entrada del golfo de San Pedro; pero en el momento de doblar los escollos que le cierran, estalla en nuestras velas un huracan repentino de viento norte; la marejada ya bastante crecida de la noche pone obstáculo al viento, y se hacina en verdaderos collados movedizos; todo el horizonte es un inmenso campo de espuma; el buque titubea sucesivamente sobre las crestas de todas las olas, luego se precipita casi perpendicularmente en las profundidades que las separan; en vano persistimos en querer buscar un abrigo en el golfo. En el momento en que doblamos el cabo para entrar en él, un viento silbador como una descarga de flechazos se escapa de cada

(1) Un nudo equivale á una milla.—*N. del T.*

valle, de cada ensenada de la costa, y tumba el bergantin sobre el costado; apénas hay tiempo para amainar las velas; solo conservamos las velas bajas en que recogemos el viento; el capitan corre al timon; entónces el buque, como un caballo contenido por una mano vigorosa y á quien acortan la rienda, parece como que piafa sobre la espuma del golfo; las olas pasan ras con ras de nuestro bordo, del lado por donde está inclinado el buque, y todo el costado izquierdo, hasta la quilla, está fuera del agua; así navegamos cosa de veinte minutos, con la esperanza de llegar á la pequeña rada del lugar de San Pedro; ya vemos las viñas y las casitas blancas á un tiro de cañon, pero la tempestad arrecia, el viento nos azota como una bala; nos vemos precisados á ceder y á virar peligrosamente, bajo el mas violento embate de la ventisca. Conseguimos nuestro intento, salimos del golfo mediante la misma maniobra que nos ha lanzado á él, y nos hallamos en alta mar con un temporal horrible. La fatiga de la noche y del dia nos hace desear vivamente un abrigo ántes de otra noche que todo nos hace temer como mas borrascosa todavía. El capitan se decide á arrostrarlo todo, hasta el rompimiento de sus mástiles, por hallar un fondeadero en la costa de Cerdeña, y cabalmente á pocas leguas del punto en que nos hallamos, el golfo de Palma nos promete uno. Luchamos para entrar en él, contra la misma furia de los vientos que nos

ha echado del golfo de San Pedro: al cabo de dos horas de lucha, vencemos y entramos, como una ave marina inclinada sobre sus alas, hasta el fondo del hermoso golfo de Palma. La tempestad no ha cesado, oímos el incesante mugido del alta mar á tres leguas detras de nosotros; el viento continúa silbando en nuestras jarcias, pero en este estanque rodeado de altas montañas, no puede levantar mas que bocanadas de espuma con que riega y refresca el puente, y en fin, anclamos á unos seis cables (1) de la playa de Cerdeña, en un fondo de yerbas acuáticas, y en una agua mansa y apénas rizada. Deliciosa impresion es la del navegante que ha escapado de la tempestad á fuerza de trabajos y afanes, cuando oye en fin rodar la cadena de hierro de la ancla que va á clavar su nave á una ribera hospitalaria. Apénas ha mordido el ancla, los rostros contractados de los marineros se dilatan; se ve que sus pensamientos descansan tambien; bajan á los entrepuentes, van á mudar sus vestidos mojados, pronto vuelven á subir con su ropa de los domingos, y tornan á todos sus apacibles hábitos de su vida en tierra. Ociosos, alegres, locuaces, están sentados, con los brazos cruzados, sobre las barandas del bordage ó fuman tranquilamente sus pipas, mirando con indiferencia los paisages y las casas de la orilla.

(1) Unas 360 brazas.

17 de Julio 1832.

Anclados en esta serena rada, despues de una noche deliciosa de sueño, almorzamos sobre cubierta al abrigo de una vela, que nos sirve de tienda; la costa abrasada, pero pintoresca, de la Cerdeña, se estiende delante de nosotros. Una embarcacion armada con dos piezas de artillería se desprende de la isla de San Antioco, á dos leguas de nosotros, y parece acercarse adonde estamos. Pronto la distinguimos mejor; lleva marinos y soldados, y apénas llega al alcance de la voz, nos pregunta quiénes somos, y nos manda ir á tierra; despues de haberlo deliberado, me decido á ir á acompañar al capitán del bergantin, nos armamos con varios fusiles y pistolas para resistir en caso de que quisiesen retenernos por fuerza, y damos la vela en el bote: apénas llegamos junto á la barca sarda que nos precede, saltamos en una playa en el fondo del golfo: aquella playa linda con un llano inculto y pantanoso. Una arena blanca, grandes cardos, algunos especillos de zábilas, tal cual chaparral de un arbusto de corteza pálida y gris, cuya hoja se parece á la del cedro: nubes de caballos silvestres, paciendo libremente por aquellos matorrales, que vienen galopando á reconocernos y olfatearnos, y luego parten relinchando, como bandadas de cuer-

vos; á una milla de nosotros, montañas grises peladas, con solo algunas manchas de una vegetacion desmedrada en sus laderas; un cielo de Africa sobre aquellas cumbres calcinadas; un vasto silencio sobre todas aquellas campiñas; el aspecto de desolacion y de soledad que tienen todas las playas de mal aire en la Romaña, en la Calabria, á la vera de las lagunas Pontinas, tal es la escena; siete ú ocho hombres de hermosa fisonomía, frente elevada, ojo atrevido y agreste, medio desnudos, medio vestidos con girones de uniforme, armados de largas caravinas, y llevando en la otra mano perchas de caña para tomar nuestras cartas ó presentarnos lo que tienen que ofrecernos, tales son los actores. Respondo en napolitano chapurrado á sus preguntas; les nombro algunos de sus paisanos, de quienes he sido amigo en mi juventud, en Italia; aquellos hombres se muestran atentos y serviciales despues de haber sido insolentes é imperiosos; les compro un carnero que descuartizan en la playa. Escribimos, toman nuestras cartas en la raja que han hecho en la punta de una larga caña; echan yescas, arrancan algunas ramas verdes de los arbus-tos que cubren la costa, encienden una hoguera, y pasan nuestras cartas, empapadas en agua de mar por el humo de aquella hoguera, ántes de tocarlas —Nos prometen disparar un tiro al anochecer para avisarnos que volvamos á la costa cuando estén listas nuestras demas provisiones de verduras y

agua dulce.—Luego, sacaudo de sus habitaciones un inmenso canasto de conchas, *frutti di mare*, nos las ofrecen, sin querer aceptar ninguna retribucion.

Volvemos á bordo:—horas de solaz y deliciosas contemplaciones, pasadas en la popa del buque anclado, mientras todavía brama la tempestad en la punta de los dos cabos que nos cubren, y miramos la espuma de la alta mar elevarse á una altura de treinta ó cuarenta piés por las doradas vertientes de aquellos cabos.

18 de Julio, 1832.

Salimos del golfo de Palma con una mar tersa como un espejo;—leve soplo de Oeste, suficiente apenas para secar el rocío de la noche que brilla sobre las recortadas ramas de los lentiscos, única verdura de aquellas costas, ya africanas;—en alta mar, día silencioso, blanda brisa que nos hace largar seis ó siete nudos por hora;—hermosa tarde;—noche esplendente;—la mar duerme tambien.

19 de Julio, 1832.

Nos despertamos á veinte y cinco leguas de la costa de Africa. Repaso la historia de San Luis

para recordar las circunstancias de su muerte en la playa de Túnez, junto al cabo de Cártago, que debemos ver esta tarde ó mañana.

Yo no sabia en mi juventud por qué ciertos pueblos me inspiraban una antipatía, por decirlo así, innata, al paso que otros me atraían involuntariamente y me embelesaban con su historia.—Sucedíame con esas vanas sombras de lo pasado, con esas memorias muertas de las naciones, esactamente lo que experimento con el irresistible imperio en pro ó en contra de las fisonomías de los hombres con quienes vivo ó paso.—Yo amo ó aborrezco en la acepcion fisica de la palabra; á primera vista, de una sola ojeada, juzgo á un hombre ó á una muger para iempre.—La razon, la reflexion, la violencia misma, intentadas muchas veces por mí contra esas primeras impresiones, de nada sirven.—Cuando el bronce ha recibido su estampa del volante, por mas vueltas y revueltas que se le den entre los dedos, la conserva;—lo mismo le sucede á mi alma;—lo mismo á mi entendimiento;—cualidad propia de aquellos séres en quienes el instinto es pronto, fuerte, instántaneo, inflexible. Uno se pregunta á si mismo:—¿Qué es el instinto? y reconoce que es la razon suprema, pero la razon innata, la razon no razonada, la razon tal cual la ha hecho Dios y no tal cual la halla el hombre.—Nos hiere como el relámpago, sin que el ojo tenga

el trabajo de buscarla.—Todo lo ilumina del primer arranque.—La inspiracion en todas las artes, como en un campo de batalla, es tambien ese instinto, esa razon adivinada. El génio tambien es instinto y no lógica y afan. Cuanto mas se reflexiona, mas se reconoce que el hombre no posee nada grande y bello que le pertenezca, que provenga de su fuerza ó de su voluntad, y que todo lo que tiene soberanamente bello, viene de la naturaleza y de Dios.—El cristianismo, que lo sabe todo, lo ha comprendido desde el primer dia.—Los primeros apóstoles sintieron en sí aquella accion inmediata de la Divinidad, y exclamaron desde la primera hora: *Todo don perfecto viene de Dios.*

Volvamos à los pueblos.—Nunca he podido amar à los romanos; nunca he podido tomarme el menor interes de corazon por Cartago, á pesar de sus desgracias y de su gloria.—Aníbal no me ha parecido nunca mas que un general de la compañía de las Indias, haciendo una campaña industrial, una brillante y heróica operacion de comercio en las llanuras de Trasimeno.—¡Aquel pueblo, ingrato como todos los pueblos egoistas, le recompensó con el destierro y la muerte!—En cuanto á su muerte, fué bella, fué patética, me reconcilia con sus triunfos; toda mi vida me ha conmovido.—Siempre ha habido para mí, como para la humanidad entera, una sublime y heróica armonía entre la soberana gloria, el soberano génio, y el soberano

no infortunio.—Esa es una de las notas del destino que nunca deja de producir su efecto, su triste y voluptuosa modulacion en el corazon humano! En efecto, no hay gloria simpática, ni virtud completa, sin la ingratitud, la persecucion y la muerte.—De ello fué Cristo un divino ejemplo, y su vida como su doctrina esplican ese misterioso enigma del destino de los grandes hombres por el destino del hombre divino!

Con el tiempo lo he desenubierto; el secreto de mis simpatías ó de mis antipatías hácia la memoria de ciertos pueblos está en la naturaleza misma de las instituciones y de las acciones de esos pueblos.—Los pueblos como los Fenicios, Tiro, Sidon, Cartago, sociedades de comercio que benefisiaban la tierra en su provecho y no median la grandeza de sus empresas mas que por la utilidad material y actual del resultado, son para mí lo que eran para el Dante; los miro y paso.

*Non ragonar di lor, ma guarda e passa!*

No hablemos de ellos.—Fueron ricos y prósperos, y nada mas.—No trabajaron mas que para el tiempo; el porvenir no debe ocuparse en ellos.—*Receperunt mercedem.*

Pero los que, poco cuidadosos del presente que sentian que se les escapaba de entre las manos, llevaron, en virtud de un sublime instinto de in-

mortalidad, de una sed insaciable de porvenir, el pensamiento nacional mas allá de lo presente, y el sentimiento humano á mas altura que al bienestar, la riqueza y la utilidad material;—los que han consumido generaciones y siglos en dejar en su camino una hermosa y eterna huella de su tránsito; esas naciones desinteresadas y generosas que han agitado todas las grandes y fecundas ideas del entendimiento humano, para construir con ellas sabidurías, legislaciones, teogonías, artes, sistemas;—las que han revuelto inmensas moles de mármol ó de granito para construir con ellos obeliscos y pirámides, sublime desafío propuesto por ellas al tiempo, muda voz con que hablarán perpetuamente á las almas grandes y generosas;—esas naciones poetas, como los egipcios, los judios, los griegos, los indios, que han idealizado la política, y hecho predominar en su vida de pueblos el principio divino, el alma, sobre el principio humano,—lo útil; á esas las amo, las venero, busco y adoro sus huellas sus recuerdos, sus obras escritas, edificadas ó esculpidas; vivo de su vida, asisto cual conmovido y parcial espectador al patético y heróico drama de su destino, y cruzo gustoso los mares por ir á meditar algunos dias sobre su polvo é ir á decir á su memoria el *memento* del porvenir; esas han merecido bien de los hombres, porque han elevado su pensamiento encima de este globo de fango, mas hallà de este dia fugitivo.—Esas naciones se han

sentido formadas para un mas alto y grandioso destino, y no pudiendo darse á sí mismas la vida inmortal á que aspira todo corazon noble y grande han dicho á sus obras: inmortalizadnos, hablad de, nosotras á las que atraviesen el desierto ó pasen sobre las olas del mar Jónico, por delante del cabo Sigeo ó del promontorio de Sunio, donde Platon cantaba una sabiduría que será la sabiduría del porvenir.

En tales pensamientos iba yo engolfado, escuchando el rumor con que la proa, en que iba sentado, hendia las olas del mar de Africa, y mirando à cada minuto bajo la rosada bruma del horizonte se divisaria el cabo de Cartago.

Cayó la brisa, el mar se serenó, y el dia se nos pasó mirando en vano desde léjos la vaporosa costa de Africa; por la tarde se alzó una recia ventisca; el buque, bamboleado de uno á otro bordo, aplana-do bajo las velas semejantes á las alas de una ave marina quebrantadas por el plomo, nos sacudia en sus entrañas con el terrible mugido de un edificio que se desploma. Paso la noche sobre cubierta, pasado el brazo al rededor de un cable; y de los blancos nubarrones que se apiñan, como una alta montaña, en el profundo golfo de Túnez, brotan relámpagos y arrancan los lejanos estampidos del trueno. El Africa me aparece como siempre me la he representado, desgarradas sus entrañas por

los fuegos del cielo, y sus calcinadas cumbres escondidas entre las nubes. A medida que nos acercamos y que el cabo de San Vicente y luego el de Cartago, se destacan de la oscuridad, y parece que nos salen al encuentro, todas las grandes imágenes, todos los nombres fabulosos ó heróicos que han resonado sobre aquella orilla, salen tambien de mi memoria, y me recuerdan los dramas poéticos ó históricos de que aquellos sitios han sido el teatro sucesivamente. Virgilio, como todos los poetas que quieren mejorar la verdad, la historia y la naturaleza, mas bien ha estropeado que embellecido la imágen de Dido.—La Dido histórica, viuda de Siqueo, y fiel á los manes de su primer esposo, hace encender su hoguera en el cabo de Cartago, y sube á él, sublime y voluntaria víctima de un amor puro y de una fidelidad, aún á la muerte! Algo mas bello, algo mas santo, algo mas patético es esto que los frios galanteos que le presta el poeta romano, con el ridículo y pio Eneas, y su amorosa desesperacion con la que no puede simpatizar el lector.

Pero la *Ana Soror* y la magnífica despedida, y la inmortal imprecacion que siguen harán siempre perdonar á Virgilio.

La parte histórica de Cartago es mas poética que su poesía. La muerte celestial y las essequias de San Luis;—el ciego Belisario;—Mario espian-

do entre las fieras; eobre las ruinas de Cartago fiera tambien como ellas, los crímenes de Roma;—el lamentable dia en que, semejante al escorpion rodeado de fuego que se traspasa á sí mismo con su aguijon emponzoñado, Cartago, cercada por Escipion y Masinisa, prende fuego ella misma á sus riquezas;—la muger de Asdrubal, encerrada con sus hijos en el templo de Júpiter, echando en cara á su marido el no haber sabido morir, y encendiendo con sus manos la tea que va á consumirla á ella y á sus hijos y á todo lo que queda de su patria, para no dejar mas que cenizas á los romanos!—Caton de Útica, los dos Escipiones, Anibal, todos estos grandes nombres se alzan todavía sobre el cabo abandonado, como columnas en pié delante de un templo derruido.—El ojo no ve nada mas que un promontorio pelado, alzándose sobre un mar desierto, algunas cisternas vacias ó atestadas con sus propios escombros, algunos acueductos arruinados; algunos muelles devorados por las olas y cubiertos por la marejada; una ciudad bárbara al lado, donde estos mismos nombres son desconocidos como aquellos dombres que viven demasiado y llegan á ser estrangeros en su propio pais; pero lo pasado basta donde brilla con tanto esplendor de recuerdos.—¿Y aun qué sé yo si no me gusta mas solo, aislado en medio de sus ruinas, que profanado y turbado por el bullicio y la muchedumbre de las generaciones nuevas? Sucede con las ruinas lo mismo que con las se-



pulturas;—en medio del estrépito de una gran ciudad y del fango de nuestras calles, afligen y entristecen la vista, son como una mancha en medio de toda esa vida bulliciosa y agitada;—pero en la soledad en las orillas del mar, en un cabo abandonado, en un agreste arenal, tres piedras amarilladas por los siglos y quebrantadas por el rayo, hacen reflexionar, discurrir ó llorar.

La soledad y la muerte, la soledad y lo pasado, que es la muerte de las cosas, se enlazan necesariamente en el pensamiento humano: su concierto es una misteriosa armonía: yo prefiero el pelado promontorio de Cartago, el melancólico cabo de Sunio, la estéril é infestada playa de Pesto, para colocar en ellos las escenas de los tiempos pasados, á los templos, los arcos, los coliseos de Roma muerta, hollados en Roma viva, con la indiferencia de la costumbre ó la profanacion del olvido.

20 de Julio 1832.

A las diez, el viento se calma, podemos subir á cubierta, y largando siete nudos por hora, pronto nos ballamos á la altura de la isla solitaria de Pantelaria, la antigua isla de Calipso, deliciosa todavía por su vegetacion africana y la frescura de sus valles y de sus aguas. A ella desterraron sucesivamente los emperadores á los reos políticos.

La isla no nos parece mas que como un cono negro saliendo del mar, y vestido hasta los dos tercios de su vértice de una bruma blanca arrojada por el viento de la noche. Ningun buque puede abordar á ella; no tiene puertos mas que para las barquillas que llevan á sus arenas á los desterrados de Nápoles y de Sicilia, que se consumen diez años espiondo algunos precoces sueños de libertad.

¡Desgraciados aquellos que, en cualquier género, se anticipan á su siglo! Su siglo los aplana.—Tal es nuestra suerte, la suerte de los hombres imparciales, políticos, racionales de Francia.—La Francia está todavía á siglo y medio de nuestras ideas.—Ella quiere en todo hombres é ideas de secta y de partido; ¿qué le importan el patriotismo y la razon? ¡Odios, rencores, persecucion alternativa, es lo que necesita su ignorancia! Y odios y rencores y persecuciones tendrá hasta que herida con las armas mortales de que quiere absolutamente servirse, ó caiga ó las arroje lejos de sí para volverse hácia su única esperanza de toda mejora política, Dios, su ley, y la razon, su ley innata.

en caso de un error, que sea el que se quiera, y no el que se quiere. 21 de Julio 1832.

El mar, al despertarme, despues de una noche borrascosa, parece como que juega con el resto del viento de ayer;—la espuma le cubre todavia como los copos mal enjugados que manchan los lomos del caballo cansado de una larga carrera,—ó como los que sacude su freno cuando baja y levanta la cabeza, impaciente por emprender una carrera nueva.—Las olas corren con rapidez, irregularmente, pero leves poco profundas, transparentes; ese mar se asemeja á un sembrado de hermosa avena ondeando á las brisas de una mañana de primavera, despues de una noche lluviosa: — vemos las islas de Gozzo y de Malta alzarse sobre la bruma á cinco ó seis leguas en el horizonte.

22 de Julio, 1832. Llegada á Malta.

A medida que nos acercamos á Malta, la costa baja se eleva y se articula; pero el aspecto es triste y estéril; pronto vemos sus fortificaciones y los golfos formados por los puertos; una nube de barquillas, montadas cada una por dos remeros, sale de aquellos golfos y vuela á la proa de nuestro buque; la mar está hinchada, y las olas los precipitan

á veces en el profundo sulco que abrimos en las aguas; parece que van á hundirse en él, pero las oleadas los levantan; corren sobre nuestras huellas, se bambolean á los costados de nuestro buque, y nos echan cuerdas para remolcarnos hasta la rada.

Los pilotos nos anuncian una cuarentena de diez dias y nos llevan al puerto reservado bajo las altas fortificaciones de la ciudad Valetta.—El cónsul de Francia, M. Miege, noticia nuestra llegada al gobernador Sir Federico Ponsomby, quien reúne la junta de salubridad y reduce nuestra cuarentena á tres dias.

Obtenemos el favor de entrar en una lancha y pasearnos por la tarde á lo largo de los canales que prolongan el puerto de cuarentena. Es un domingo.—El sol ardiente del dia se ha puesto en el fondo de una estrecha y serena ensenada del golfo que está detras de la proa de nuestro buque; el mar está allí, liso y brillante, ligeramente aplomado, en un todo semejante á cobre recién estañado. El cielo, en el zenit, ofrece un matiz anaranjado, que tira un poco á rosa.—A medida que se eleva sobre nuestras cabezas y se aleja del occidente, se va descolorando; en el Oriente es de un azul gris pálido, y no recuerda ya el esplendente azur del golfo de Nápoles,—ó la negra profundidad del firmamento encima de los Alpes de la Saboya.—La tinta del cielo africano participa de la abrasante

atmósfera y de la rígida severidad de aquel continente; la reverberacion de aquellas peladas montañas impregna el firmamento de sequía y de calor, y el polvo inflamado de aquellos desiertos de árida arena, parece que se mezcla al aire que la rodea, y que empaña la bóveda de aquella tierra.—Nuestros remeros nos llevan lentamente à algunas toesas de la orilla.—La orilla baja y lisa de un arenal que va à morir à algunas pulgadas sobre el mar está cubierta, por espacio de media milla, de una hilera de casas que se tocan unas à otras, y parece que se han acercado lo mas posible à las olas para respirar su frescura y oír su murmullo. Hé aquí una de esas casas, y una de las escenas que vemos repetidas en cada portal, en cada azotea, en cada balcon.—Multiplicando esta escena y esta vista por quinientas ó seiscientas casas semejantes, se tendrá un recuerdo esacto de aquel paisaje, único para un europeo que no conoce à Sevilla, Córdoba, ó Granada, recuerdo que se debe grabar en la mente todo entero y con sus pormenores de costumbres para volverle à hallar una vez en la sombría é insulsa uniformidad de nuestros pueblos del Occidente. Estos recuerdos hallados en la memoria durante nuestros dias y nuestros meses de nieve, niebla y lluvia, son como una lontananza sobre el cielo sereno durante una tempestad.—Un poco de sol en los ojos, un poco de amor en el corazon, un rayo de fé ó de verdad en el alma, todo es una misma cosa.

—Yo no puedo vivir sin estos tres consuelos del destierro en este mundo.—Mis ojos son del Oriente, mi alma es amor, y mi entendimiento es de los que llevan en sí un instinto de luz, una coincidencia irreflecionada que no se prueba, pero que no engaña y que consuela. Hé aquí, pues, el paisaje.

Luz dorada, blanda y serena, como la que sale de los ojos y del semblante de una vírgen, antes de que el amor haya grabado un pliegue sobre su frente, echado una sombra sobre sus ojos.—Esa luz, estendida igualmente sobre el agua, sobre la tierra, en el cielo, hiere la piedra blanca y amarilla de las casas, y deja todos los dibujos de las cornisas, todos los lados de los ángulos, todas las balaustradas de las azoteas, todas las molduras de los balcones, articulados, firmes y limpios sobre el horizonte azul, bajo aquel temblor aereo, bajo aquella incierta y brumosa vaguedad de que nuestro occidente ha hecho una belleza para sus artes, no pudiendo corregir ese vicio de su clima.—Esa cualidad del aire, ese color blanco, amarillo, dorado de la piedra, ese vigor de los contornos, da al menor edificio del mediodía una firmeza y un lustre que tranquilizan y hieren agradablemente la vista. Cada casa parece no haber sido construida piedra à piedra, con argamasa y arena, sino haber sido esculpida entera y en pié en la peña viva, y estar

asentada sobre la tierra, como una roca salida de su seno y tan duradera como el mismo suelo.— Dos anchas y elegantes pilastras se alzan à ambos ángulos de la fachada, solo hasta la altura de piso y medio; allí una elegante cornisa, esculpida en la brillante piedra, las corona y sirve de base á una rica y maciza balaustrada, que se estiende en toda la longitud del remate y reemplaza esos tejados chatos, irregulares, puntiagudos, extravagantes que deshonoran toda arquitectura, que rompen toda línea armoniosa con el horizonte en nuestros hacinaamientos de estraños edificios, que llamamos ciudades en Alemania, en Inglaterra y en Francia.— Entre esas dos anchas pilastras, que salen algunas pulgadas delante de la fachada, solo hay tres aberturas dispuestas por el arquitecto, una puerta y dos ventanas.— La puerta, alta y en arco de medio punto, no tiene su umbral sobre la calle, sino que se abre sobre una escalinata exterior, que sale sobre el malecon unos siete ú ocho piés. Esa escalinata, rodeada de una balaustrada de piedra tallada, sirve de salon exterior, lo mismo que de ingreso á la casa.— Describamos una de esas escalinatas y las habrémos descrito todas.— Uno ó dos hombres, en chaqueta blanca, de tez morena y ojos africanos, con una larga pipa en la mano, están tendidos indolentemente sobre un divan de junco, al lado de la puerta: delante de ellos, graciosamente asomadas á la balaustrada, tres mugeres, en diferentes

actitudes, miran silenciosamente pasar nuestra lancha, ó sonríen entre sí de nuestro aspecto extranjero.— Un vestido negro que no baja mas que hasta la mitad de la pierna, un corpiño blanco con anchas mangas plegadas y flotantes, un gran rodete de negro cabello, y por cima de la cabeza, una capita negra, semejante al vestido, que tapa la mitad de la cara, uno de los hombros y uno de los brazos que retiene la capita; esta, que es de un tejido ligero, inflada por la brisa, se dibuja en la forma de una vela hinchada sobre un esquife, y en sus caprichosos pliegues, unas veces oculta, otras descubre el misterioso rostro que rodea.— Unas levantan graciosamente la cabeza para conversar con otras muchachas que están asomadas en el balcon superior, y les tiran granadas ó naranjas; otras hablan con mancebos de largo bigote, de negra y poblada cabellera, en chaquetita corta y ceñida, con pantalon blanco y faja encarnada.— Sentados en el pretil de la escalinata, dos jóvenes abates con casaca negra y zapato de evilla de plata, departen familiarmente, y juegan con anchos abanicos verdes, mientras que al pié de las últimas gradas un hermoso fraile mendicante descalzo, la frente pálida, calva y despejada, rodeado el cuerpo con los pesados pliegues de su hábito pardo, se apoya como una estatua de la mendicidad en el dintel del hombre rico y feliz y mira, con ojos de desprendimiento é indi-